

DEL SEÑOR .

D. ANTONIO F. GRILO.

---

¡ELLA Y ÉL!  
INVERNADERO IDEAL.—EN LAS ERMITAS DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.  
MI FUENSANTA.—LA HAMACA.—LA NIEBLA.  
TU TRAJE AZUL.



ELLA Y ÉL!

EN EL ÁLBUM DE LA MARQUESA VIUDA DE CASA-TORRES.

Finjome lontananzas y paisajes,  
Tardes breves y cándidas mañanas;  
Bosques, quintas, palmeras y follajes;  
Noches serenas del silencio hermanas;

Miro horizontes de color de rosa,  
Un lago azul que tiembla y languidece,  
Y una luna discreta, que envidiosa,  
Ilumina, consuela y enmudece.

Miro en la majestad del Himeneo  
Dos corazones que en tranquila calma  
Se sacian en las fuentes del deseo  
Allá en las noches del festin del alma.

Al par los miro descorrer los velos  
De santas dichas y de amor profundo;  
Fundir en una lágrima dos cielos,  
Abarcar en un éxtasis un mundo;

Una mirada lánguida, indecisa,  
De otra mirada entre la luz bañarse;  
Devolverse sonrisa por sonrisa  
Y lágrima por lágrima cambiarse,



Y el corazon, para sentir despierto,  
Exclama en su insensato desvarío:  
¡Cómo debe llorarla el pobre muerto  
Allá en la ausencia del sepulcro frío!  
Él recogió de tus velados ojos  
La luz primaveral de Andalucía;  
Tuvo en tus bucles y en tus labios rojos  
Cárcel de amor y copa de ambrosía.  
Sol de tu juventud, árbol caído,  
Tendió cual sauce su follaje al suelo;  
¿Quién sabe si su espíritu escondido  
Prefiriera á ser ángel en el cielo  
Ser de nuevo en el mundo tu marido?

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Vino la tarde del alegre día,  
Y de la noche en el medroso manto,  
Cuando en tus ojos y en tu amor vivía,  
Se murió..... como yo me moriría  
Y otro cualquiera que gozára tanto!!

18 de Abril de 1873.

INVERNADERO IDEAL.

Á SOFÍA.

Para dormir las rosas,  
Los nardos y los lirios,  
Cárceles de cristal en las estufas  
Tienen guardando sus aromas tibios.  
Allí camelias blancas  
Y juncos amarillos,  
Con madreselvas, hijas de las noches,  
Guirnaldas cuelgan en flotantes hilos.  
Como la flor su estufa  
Y el pájaro su nido,  
Y el entreabierto cáliz del capullo  
La trasparente gota de rocío,  
El alma de las flores,  
La esencia del espíritu,  
La gentil y purísima doncella,  
Rasgo viviente del pincel de Urbino,  
Esconde su hermosura  
En el fanal magnífico,  
Que alfombras visten, que perfuman flores,  
Y á quien da su esplendor el paraíso.



Su techo no es la nave  
Ni es el arco bendito,  
Que bordan con fantásticos reflejos  
Las lámparas que crujen en sus vidrios.

Allí no rueda el eco  
Ni el acordado ritmo  
De las veladas vírgenes que en coro  
A Dios elevan amorosos himnos.

No es templo, y allí flota  
Un reflejo suavísimo,  
Que al llegar á la puerta..... dulcemente  
Llena de paz el corazón tranquilo.

¡Allí está! de la estancia  
Al umbral detenido,  
La contemplan extáticos mis ojos,  
Postrada ante los pies del crucifijo.

Cerca del casto lecho  
El cadáver bendito,  
Pendiente de una cruz, con ambos brazos  
Al ángel guarda del gentil recinto.

Sobre almohadon de plumas,  
En la alfombra tendido,  
De rodillas la cándida doncella  
La imagen finge del pincel divino.

Creacion fascinadora,  
Amor del amor mismo,  
Espuma virginal de la pureza,  
Del ángel y del cielo regocijo,

En sus ojos azules  
De las pestañas el esmalte vivo,  
La nieve de sus párpados sombrea

Cual pétalos de oro sobre un lirio.  
Ni el cuello de paloma,  
Ni el hombro alabastrino,  
Los deja ver la cabellera rubia  
Que en ondas cuelga de flotantes rizos.

.....  
Si así postrada reza  
La niña en su retiro;  
Si á solas con sus padres y sus flores  
Llena de luz el virginal recinto;  
Si allí sus sueños de oro,  
Como apacible río,  
Resbalan entre búcaros y cintas,  
Entre la cruz, la música y el libro,  
Cúbrela con tus brazos,  
Guárdala así, ¡Dios mio!  
Conserva de sus padres la ventura,  
Ya que por galardón nos la has traído,  
Y haz que nadie comprenda,  
Al verla ante los pies del crucifijo,  
Si es la doncella que desciende al mundo,  
Ó el ángel que se vuelve al paraíso.

15 de Abril de 1873.



EN LAS ERMITAS

DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.

Hay de la alegre sierra  
Sobre las lomas,  
Unas casitas blancas  
Como palomas.

Les dan dulces esencias  
Los limoneros,  
Los verdes naranjales  
Y los romeros.

Allí, junto á las nubes,  
La alondra trina;  
Allí tiende sus brazos  
La cruz divina.

La vista arrebatada  
Vuela en su anhelo,  
Del llano á las ermitas,  
¡De ellas al cielo!

Allí olvidan las almas  
Sus desengaños;  
Allí cantan y rezan

Los ermitaños.

El agua que allí oculta  
Se precipita,  
Dicen los cordobeses  
Que está bendita.

Prestan á aquellos nidos  
Luz los querubes,  
Guirnaldas las estrellas,  
Mantos las nubes...

¡Muy alta está la cumbre!  
¡La cruz muy alta!  
Para llegar al cielo  
¡Cuán poco falta!

Puso Dios en los mares  
Flores de perlas;  
En las conchas jardines  
Donde esconderlas;

En el agua del bosque  
Frescos murmullos;  
De Abril en las auroras  
Tiernos capullos.

Arpas del paraíso  
Puso en las aves;  
En las húmedas auras  
Himnos suaves,

Y para dirigirle  
Preces benditas,  
Puso altares y flores  
En las ermitas!

Las cuestas por el mundo  
Dan pesadumbre



Á los que desde el llano  
Van á la cumbre...

Subid adonde el monje  
Reza y trabaja;  
¡ Más larga es la vereda  
Cuando se baja!

Ya la envuelva la noche,  
Ya el sol la alumbre,  
Buscad á los que rezan  
Sobre esa cumbre.

Ellos de santos mares  
Van tras el puerto;  
¡ Caravana bendita  
De aquel desierto!

Forman música blanda  
De un campanario;  
De semillas campestres  
Santo *rosario*;

De una gruta en el monte  
Plácido asilo;  
De una tabla olvidada  
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas  
Pobres manjares,  
Parten con los mendigos  
En sus altares.

Allí la cruz consuela,  
La tumba advierte;  
¡ Allí pasa la vida  
Junto á la muerte!

Por los ojos que finge

La calavera,  
Ven el mundo... y su vana  
Pompa altanera.

Calavera sombría,  
Que en bucles bellos,  
Adornaron un día  
Ricos cabellos.

Esos huecos oscuros  
Que se ensancharon,  
Fueron ojos que vieron  
Y que lloraron.

Por esas grieteadas  
Formas vacías,  
Penetraron del mundo  
Las armonías.

¡ ¡ Qué resta ya, del libre  
Mágico anhelo,  
Con que esa frente altiva  
Se alzaba al cielo!!

La huella polvorosa  
De un sér extraño  
Adornando la mesa  
De un ermitaño!

Aquí, en la solitaria  
Celda escondida,  
Un cráneo dice: ¡ ¡ Muerte!!  
Y una cruz: ¡ ¡ vida!!

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .



¡Muy alta está la cumbre,  
La cruz muy alta!  
¡Para llegar al cielo  
Cuán poco falta!!

Madrid, 1873.

MI FUENSANTA.

Te soñé como al mar; mi fantasía  
Ni vió tu rostro, ni escuchó tu acento,  
¡Y ya te conocia!  
Mis tardes breves y mis noches largas  
Las alumbraba tu candor divino,  
Y derramando lágrimas amargas  
Luchaba por hallarte en mi camino.

.....  
Una noche... los céfiros del rio  
Me trajeron aromas y rumores,  
Y abrí mi corazón, como las flores  
Su cáliz abren al primer rocío.  
Del alma amante, de gozar ansiosa,  
De su ilusión en la gentil mañana,  
Se lanzó bulliciosa,  
Parándose cual pobre mariposa  
Al borde del cristal de tu ventana.  
¡Eras tú, vida mía!  
Tú eras la imagen de mi amor primero  
Que á través de los vidrios sonreía!  
¡Qué pestañas tan negras sombreaban  
Aquellos ojos garzos y atrevidos  
Que ya me tuteaban!



ELLA Y ÉL!

EN EL ÁLBUM DE LA MARQUESA VIUDA DE CASA-TORRES.

Finjome lontananzas y paisajes,  
Tardes breves y cándidas mañanas;  
Bosques, quintas, palmeras y follajes;  
Noches serenas del silencio hermanas;

Miro horizontes de color de rosa,  
Un lago azul que tiembla y languidece,  
Y una luna discreta, que envidiosa,  
Ilumina, consuela y enmudece.

Miro en la majestad del Himeneo  
Dos corazones que en tranquila calma  
Se sacian en las fuentes del deseo  
Allá en las noches del festin del alma.

Al par los miro descorrer los velos  
De santas dichas y de amor profundo;  
Fundir en una lágrima dos cielos,  
Abarcar en un éxtasis un mundo;

Una mirada lánguida, indecisa,  
De otra mirada entre la luz bañarse;  
Devolverse sonrisa por sonrisa  
Y lágrima por lágrima cambiarse,



Y el corazon, para sentir despierto,  
Exclama en su insensato desvarío:  
¡Cómo debe llorarla el pobre muerto  
Allá en la ausencia del sepulcro frío!  
Él recogió de tus velados ojos  
La luz primaveral de Andalucía;  
Tuvo en tus bucles y en tus labios rojos  
Cárcel de amor y copa de ambrosía.  
Sol de tu juventud, árbol caído,  
Tendió cual sauce su follaje al suelo;  
¿Quién sabe si su espíritu escondido  
Prefiriera á ser ángel en el cielo  
Ser de nuevo en el mundo tu marido?

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .

Vino la tarde del alegre día,  
Y de la noche en el medroso manto,  
Cuando en tus ojos y en tu amor vivía,  
Se murió..... como yo me moriría  
Y otro cualquiera que gozára tanto!!

18 de Abril de 1873.

INVERNADERO IDEAL.

Á SOFÍA.

Para dormir las rosas,  
Los nardos y los lirios,  
Cárceles de cristal en las estufas  
Tienen guardando sus aromas tibios.  
Allí camelias blancas  
Y juncos amarillos,  
Con madreselvas, hijas de las noches,  
Guirnaldas cuelgan en flotantes hilos.  
Como la flor su estufa  
Y el pájaro su nido,  
Y el entreabierto cáliz del capullo  
La trasparente gota de rocío,  
El alma de las flores,  
La esencia del espíritu,  
La gentil y purísima doncella,  
Rasgo viviente del pincel de Urbino,  
Esconde su hermosura  
En el fanal magnífico,  
Que alfombras visten, que perfuman flores,  
Y á quien da su esplendor el paraíso.



Su techo no es la nave  
Ni es el arco bendito,  
Que bordan con fantásticos reflejos  
Las lámparas que crujen en sus vidrios.

Allí no rueda el eco  
Ni el acordado ritmo  
De las veladas vírgenes que en coro  
A Dios elevan amorosos himnos.

No es templo, y allí flota  
Un reflejo suavísimo,  
Que al llegar á la puerta..... dulcemente  
Llena de paz el corazon tranquilo.

¡Allí está! de la estancia  
Al umbral detenido,  
La contemplan extáticos mis ojos,  
Postrada ante los piés del crucifijo.

Cerca del casto lecho  
El cadáver bendito,  
Pendiente de una cruz, con ambos brazos  
Al ángel guarda del gentil recinto.

Sobre almohadon de plumas,  
En la alfombra tendido,  
De rodillas la cándida doncella  
La imágen finge del pincel divino.

Creacion fascinadora,  
Amor del amor mismo,  
Espuma virginal de la pureza,  
Del ángel y del cielo regocijo,

En sus ojos azules  
De las pestañas el esmalte vivo,  
La nieve de sus párpados sombrea

Cual pétalos de oro sobre un lirio.  
Ni el cuello de paloma,  
Ni el hombro alabastrino,  
Los deja ver la cabellera rubia  
Que en ondas cuelga de flotantes rizos.

.....  
Si así postrada reza  
La niña en su retiro;  
Si á solas con sus padres y sus flores  
Llena de luz el virginal recinto;  
Si allí sus sueños de oro,  
Como apacible rio,  
Resbalan entre búcaros y cintas,  
Entre la cruz, la música y el libro,  
Cúbrela con tus brazos,  
Guárdala así, ¡Dios mio!  
Conserva de sus padres la ventura,  
Ya que por galardón nos la has traído,  
Y haz que nadie comprenda,  
Al verla ante los piés del crucifijo,  
Si es la doncella que desciende al mundo,  
Ó el ángel que se vuelve al paraíso.

15 de Abril de 1873.



EN LAS ERMITAS

DE LA SIERRA DE CÓRDOBA.

Hay de la alegre sierra  
Sobre las lomas,  
Unas casitas blancas  
Como palomas.

Les dan dulces esencias  
Los limoneros,  
Los verdes naranjales  
Y los romeros.

Allí, junto á las nubes,  
La alondra trina;  
Allí tiende sus brazos  
La cruz divina.

La vista arrebatada  
Vuela en su anhelo,  
Del llano á las ermitas,  
¡De ellas al cielo!

Allí olvidan las almas  
Sus desengaños;  
Allí cantan y rezan

Los ermitaños.

El agua que allí oculta  
Se precipita,  
Dicen los cordobeses  
Que está bendita.

Prestan á aquellos nidos  
Luz los querubes,  
Guirnaldas las estrellas,  
Mantos las nubes...

¡Muy alta está la cumbre!  
¡La cruz muy alta!  
Para llegar al cielo  
¡Cuán poco falta!

Puso Dios en los mares  
Flores de perlas;  
En las conchas jardines  
Donde esconderlas;

En el agua del bosque  
Frescos murmullos;  
De Abril en las auroras  
Tiernos capullos.

Arpas del paraíso  
Puso en las aves;  
En las húmedas auras  
Himnos suaves,

Y para dirigirle  
Preces benditas,  
Puso altares y flores  
En las ermitas!

Las cuestas por el mundo  
Dan pesadumbre



Á los que desde el llano  
Van á la cumbre...

Subid adonde el monje  
Reza y trabaja;  
¡ Más larga es la vereda  
Cuando se baja!

Ya la envuelva la noche,  
Ya el sol la alumbre,  
Buscad á los que rezan  
Sobre esa cumbre.

Ellos de santos mares  
Van tras el puerto;  
¡ Caravana bendita  
De aquel desierto!

Forman música blanda  
De un campanario;  
De semillas campestres  
Santo *rosario*;

De una gruta en el monte  
Plácido asilo;  
De una tabla olvidada  
Lecho tranquilo.

De legumbres y frutas  
Pobres manjares,  
Parten con los mendigos  
En sus altares.

Allí la cruz consuela,  
La tumba advierte;  
¡ Allí pasa la vida  
Junto á la muerte!

Por los ojos que finge

La calavera,  
Ven el mundo... y su vana  
Pompa altanera.

Calavera sombría,  
Que en bucles bellos,  
Adornaron un día  
Ricos cabellos.

Esos huecos oscuros  
Que se ensancharon,  
Fueron ojos que vieron  
Y que lloraron.

Por esas grieteadas  
Formas vacías,  
Penetraron del mundo  
Las armonías.

¡ ¡ Qué resta ya, del libre  
Mágico anhelo,  
Con que esa frente altiva  
Se alzaba al cielo!!

La huella polvorosa  
De un sér extraño  
Adornando la mesa  
De un ermitaño!

Aquí, en la solitaria  
Celda escondida,  
Un cráneo dice: ¡ ¡ Muerte!!  
Y una cruz: ¡ ¡ vida!!

. . . . .  
. . . . .  
. . . . .  
. . . . .



¡Muy alta está la cumbre,  
La cruz muy alta!  
¡Para llegar al cielo  
Cuán poco falta!!

Madrid, 1873.

MI FUENSANTA.

Te soñé como al mar; mi fantasía  
Ni vió tu rostro, ni escuchó tu acento,  
¡Y ya te conocia!  
Mis tardes breves y mis noches largas  
Las alumbraba tu candor divino,  
Y derramando lágrimas amargas  
Luchaba por hallarte en mi camino.

.....  
Una noche... los céfiros del rio  
Me trajeron aromas y rumores,  
Y abrí mi corazón, como las flores  
Su cáliz abren al primer rocío.  
Del alma amante, de gozar ansiosa,  
De su ilusión en la gentil mañana,  
Se lanzó bulliciosa,  
Parándose cual pobre mariposa  
Al borde del cristal de tu ventana.  
¡Eras tú, vida mía!  
Tú eras la imagen de mi amor primero  
Que á través de los vidrios sonreía!  
¡Qué pestañas tan negras sombreaban  
Aquellos ojos garzos y atrevidos  
Que ya me tuteaban!